

RELATOS PERSONALES DE LA REVOLUCIÓN*

La historia nunca se acaba de escribir. Cada generación, cada escuela de pensamiento en las ciencias sociales va imponiendo una visión diferente del pasado, una recuperación de ciertos aspectos de la realidad, al tiempo en que olvida otros de los elementos que integraron aquello que ya pasó.

Sin embargo, a determinadas generaciones de historiadores corresponden ciertas tareas que, de postergarse, las convertirían en empresas extremadamente difíciles o bien imposibles de llevarse a cabo. Los historiadores y científicos sociales que nos encontramos actualmenté trabajando en la comprensión de lo que es y ha sido México nos enfrentamos, precisamente, ante una disyuntiva de este tipo. El reto consiste en evitar que se pierda, de manera irremediable, lo que aún queda de historia oral sobre la Revolución. Varias razones explican, por lo menos en parte, este aparente olvido. Entre ellas, los sinuosos caminos que fue tomando la copiosa historiografía sobre este periodo de nuestro pasado.

Han pasado ya tres cuartos de siglo desde que se iniciara la gran epopeya de la Revolución Mexicana. Desde que ésta aún se decidía en los campos de batalla, las memorias e impresiones de sus protagonistas individuales y colectivos empezaron a grabarse en toda suerte de textos, murales y otras formas de expresión. Surgieron así diarios, cuentos, novelas, memorias, análisis, explicaciones, justificaciones y polémicas, algunas de las cuales ni siquiera vieron la luz pública.

En los años veinte y treinta, cuando casi se silenciaron los disparos, y cuando el radicalismo y vigor de la Revolución llegó a su apogeo, los mexicanos pudieron iniciar una etapa de autoanálisis sobre lo que había sido el movimiento iniciado por Madero y sobre el camino por el cual se conducía al país. También fue entonces cuando algunos extranjeros se interesaron, o francamente se

*Dos reseñas sobre la obra *Mi pueblo durante la Revolución*. Presentación de Guillermo Bonfil Batalla. México, INAH, 1958. (Dirección General de Culturas Populares, Consejo Nacional de Fomento Educativo. Colección Divulgación.) 3 vols., 213, 260, 347 pp.

fascinaron con los ensayos radicales y nacionalistas del México revolucionario.

En esta etapa surgió una amplia producción académica de alto vuelo. Se escribieron libros de excelente calidad y de gran vigor interpretativo como los de Jesús Silva Herzog —protagonista y testigo de la Revolución— y Frank Tannenbaum —un profesor radical de los Estados Unidos, antiguo miembro de los Industrial Workers of the World (IWW). Esta poderosa interpretación “clásica” sobre lo que fue la Revolución Mexicana, que hacía énfasis en sus aspectos más nobles y populares, dominó el panorama historiográfico a lo largo de varias décadas.

Aun cuando no pocos de sus supuestos siguen en pie, después del movimiento de 1968 que sacudiera las paredes del Estado y la conciencia de los mexicanos, se inició una importante corriente “revisionista” que puso en duda las principales hipótesis “clásicas” con que se había analizado y comprendido la Revolución.

La copiosa producción revisionista poco tardó en fructificar en una multitud de escuelas que, si bien en ocasiones se reforzaban mutuamente, en otras dieron pie a severas polémicas que aún son el centro del análisis contemporáneo. De esta manera, hoy en día, el “revisionismo” está sujeto a revisión. Sea cual fuere el resultado de estas polémicas, sus aportaciones fueron imprescindibles para dar mayor precisión y matices a las grandes visiones originales sobre lo que fue la Revolución: sus orígenes, la diversidad de sus objetivos y logros, el contraste social entre sus participantes, sus matices regionales, etc. Incluso, se llegó ya al momento en que es posible, y en cierta manera urge una nueva reinterpretación global.

En suma, es mucho lo que se ha avanzado en el conocimiento de lo que sucedió en el país a la caída de Porfirio Díaz. Pero en esta casi frenética producción de libros, artículos y polémicas, han sido pocos los investigadores que se han avocado a una tarea tanto o más urgente que las interpretaciones y reinterpretaciones: capturar el recuerdo, la experiencia vivida por quienes participaron o simplemente vivieron a la Revolución. La mayoría ya han muerto. Son muy pocos los que aún nos pueden narrar qué significaron, para las personas reales de carne y hueso, los dramáticos y contradictorios sucesos que moldearon al país a partir de 1910.

Esta importantísima tarea se inició, afortunadamente, hace ya años en lo que fue el Archivo de la Palabra que encabezaran Eugenia Meyer y Alicia Bonfil. Su equipo dio comienzo a esta labor pionera entrevistando a miles de protagonistas, básicamente concen-

trados en los dos principales núcleos rebeldes: las zonas zapatista y la villista. Seguramente que hoy en día no sería ya posible recabar sus recuerdos. Centenares de cintas donde se encuentran plasmadas sus experiencias revolucionarias, y otros pasajes biográficos, están a disposición del público en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y en el Instituto "José María Luis Mora".

Sin embargo, es aún mucho lo que se puede hacer para no perder de manera irremediable este tesoro historiográfico. Nuestra generación de historiadores, sociólogos, economistas, politólogos y otros analistas sociales es responsable de no dejar pasar la oportunidad última de atesorarla. Ni siquiera es necesario contar con demasiados recursos. Importan más la imaginación y el interés. Proyectos de historia oral valiosos y poco costosos se podrían echar a andar, por ejemplo, desde las oficinas gubernamentales de los municipios, de los diversos estados, así como en las escuelas preparatorias y universitarias.

Uno de los pocos y últimos esfuerzos que se han hecho por rescatar esta valiosa fuente es la colección *Mi pueblo durante la Revolución*, resultado de un concurso que organizó el Museo Nacional de Culturas Populares, con la colaboración de connotados investigadores expertos en historia oral, de la talla de Alicia Bonfil, junto con varios organismos como el Instituto Nacional de la Senectud, el Instituto Nacional de Indigenista, Fonart y Crea y algunos gobiernos de estados y municipios.

Según señala Guillermo Bonfil en la introducción a los tres volúmenes de que consta la obra, su intención fue la de:

recuperar la memoria, no sólo como una actividad académica que ocupa sólo a los especialistas; sino como una práctica social en la que participa la mayoría... que matice las gruesas generalizaciones; un conjunto de testimonios que nos diga de alegrías, sufrimientos, y motivaciones que no siempre coinciden con lo que hemos aprendido a pensar sobre la Revolución mexicana. (Vol. I, p. 8.)

Se trata, casi por definición, de las pequeñas historias, de ámbitos cerrados, de pretensiones humildes, de metas que muchas veces fracasaron. Pero tal vez precisamente por ello, por haber quedado como congeladas en el tiempo, nos dicen más de lo que en realidad fue la Revolución en sus primeros años.

Se trata, también, del reverso de lo que Luis González ha llamado la "historia de bronce", la que con tantos excesos se ha hecho en nuestro país. Se plasman aquí las experiencias de los niños,

de las mujeres, de los ancianos, de los guerrilleros y los soldados y de los hombres que vivieron indirectamente a la Revolución. Son los recuerdos de quienes se vieron afectados por el movimiento, quienes lo sufrieron, quienes en él pusieron sus esperanzas.

Es pues, un complemento indispensable, una visión desde abajo, necesaria para comprender en toda su complejidad y sus contradicciones lo que la Revolución significó para los mexicanos. Sin su voz, jamás se entendería.

Aquí los héroes no aparecen pronunciando discursos, o en otros actos que frecuentemente están vacíos de contenido. Se encuentran, más bien, en sus labores concretas y cotidianas. Así, por ejemplo, a Zapata no sólo se le recuerda por repartir la tierra, sino también porque, cuando podía, y a diferencia de otros dirigentes, ponía gran empeño en darles algo a sus seguidores, para que tuvieran con qué mantenerse: "El general Zapata, él veía como hacía, y ya nos regalaba cinco pesos, diez pesitos de cada en cuando, aunque sea pá los cigarros". (Vol. II, p. 18.)

Brotan las pequeñas intimididades. Sobre el fervor religioso de algunos jefes zapatistas, en concreto Antonio Beltrán, Everardo González y Amador Salazar se recuerda cuál era su actitud ante el sacerdote del pueblo:

Eran de verse aquellos aguerridos revolucionarios hincarse ante él, besarle la mano con mucho respeto, y cuando su azarosa vida se los permitía, asistir a misa, dejando a la entrada de la iglesia sus armas. ... Constituía un espectáculo imponente ver aquellos hombres malicientos, con su camisa y su calzón raídos, sus semblantes duros... postrarse en la iglesia con devoción...

No menos impresionante era la indumentaria de los generales: vestidos de charro, con carrilleras al cincho, y cananas terciadas, tocados con amplios sombreros que algunos de ellos adornaban con calaveras como acostumbraba el general Amador Salazar, o bien con imágenes de santos para que los librara de los peligros de la revolución.

El día del santo del sacerdote, que era el 4 de octubre, llegaban los generales zapatistas con sus bandas de música a darle las mañanitas, para después desayunar y comer en su compañía... (Vol. I, pp. 70-71.)

Existen recuentos detallados sobre la vida cotidiana en la sociedad porfirista. Varias personas recrean sus experiencias en la próspera hacienda de San Antonio, en el estado de Colima, de donde salían al mercado nacional e internacional azúcar, café y aguar-

diente. Un antiguo peón de la hacienda hace una hermosa descripción sobre el acontecer diario; de cómo la hacienda proporcionaba una buena escuela pero, a la vez, no había ni doctor, mucho menos curandero. Un día típico de trabajo:

A la hora del alba, a eso de las 4 de la mañana, reuníase la gente a la entrada de la Casa Grande, es decir en la plaza. Antes de que rayara el sol... Se llenaba la plaza a esa hora temprana con gente que se reunía para cantar la mentada "pureza". Sí, eso era de todas las mañanas.

Luego, de ahí nos repartían a hacer "la faena", misma que era obligatoria y diaria, sin fallar, para todo el mundo. Consistía en ponernos a recoger la leña que dejaban los arrieros en el gran patio, regada como plaza frente a la Casa Grande. Era leña verde que traían los del cerro. "La faena" duraba dos horas; dos horas de trabajo gratuito de toda la gente, que veníamos siendo como quinientas personas. Quinientas personas haciendo trinchas la leña para el consumo de las calderas, ya que todo ahí se movía a base de vapor: las máquinas defecadoras, las máquinas evaporadoras, la estufa para secar el azúcar, etc...

Después de "la faena" nos formaban para destinarnos a nuestras tareas por las cuales ganaríamos los hombres cuarenta centavos, las mujeres veinte y los muchachos veinte también. Aquel que por alguna razón no la terminara no ganaba nada.

Las tareas eran diversas: por ejemplo, andar limpiando los canales del agua, evitando que éstos se azolvaren con la arena que arrastraba el volcán. Al agua del río le hacían presas provisionales para luego conducirla por los cerros a través de túneles y canales; por ello todos los cerros están perforados. Otra tarea consistía en cuidar las matas de café...

Sí que había bonitos cafetales. Cuando las matas se encontraban florecando aquello parecía un altar. Por donde quiera, por todos los rincones, el blanqueadero de flor, y por todo aquello también la cantadera de aves; no había barranca donde no se escucharan; había jilgueros por miles, mirlos, mulatos, zenzontles, urracas, guacamayas, pericos y otras aves conocidas como coas; ¡ah! y no se diga zanates y tordos ¡los había por millonadas! Lo que venía alegrando todas aquellas rinconadas, todas aquellas barrancas.

Puede decirse que en la Hacienda de San Antonio no había persona ociosa, desocupada. Todos y cada uno de nosotros teníamos algo que hacer...

En general, en todo lo que era la hacienda, tanto en los cultivos como en las instalaciones para beneficiar el café, refinar el azúcar o elaborar el alcohol, había trabajo, siempre mucho trabajo. Sin embargo, tal vez debido al paraíso que nos rodeaba,

la vida se nos hacía más llevadera, aunque siempre estuviéramos pobres, aunque nunca pasáramos de lo mismo y a pesar de que hubiere injusticia como aquella de que si por alguna razón no terminara un trabajador su "tarea", no se le pagaba nada. (Vol. III, pp. 331-334.)

No hay relatos para todos los estados. De otros, en cambio, los hay múltiples. El énfasis no coincide ni con los héroes de la historia oficial, ni con las modas historiográficas. De Oaxaca, que hasta hace muy poco tiempo carecía de un número respetable de estudios sobre su Revolución, existen en esta obra cuatro remembranzas. La mayor parte se aboca a explicar los muy difíciles inicios de la Revolución en la tierra de Porfirio Díaz.

Con sólo leer estos relatos oaxaqueños salta a la vista una de las virtudes implícitas en las fuentes orales: qué fácilmente se aprehende la complejidad de todo acto histórico. Así, en la apreciación de personajes y de movimientos, surgen constantemente contradicciones profundas. Un caso notable es el de "Che Gómez", un dirigente de Juchitán, aliado a Madero, que entró en pugna con el gobernador Benito Juárez Maza y que poco después fue asesinado. Para algunos juchitecos, al estudiar a Gómez necesariamente se "encontrará la pasión de un hombre comprometido con su pueblo", quien aceptó "el sacrificio de ofrendar su vida a la causa revolucionaria" (vol. II, p. 75). En cambio, para Alfredo Martínez Barroso, nativo de la ciudad de Oaxaca, el levantamiento armado de Juchitán sólo

provocó asesinatos, robos, quemas de archivos oficiales, saqueos de casas privadas y comerciales, venganzas personales más que todo, ya que "Che Gómez" no defendía causa alguna, sino sus propios intereses. (Vol. II, p. 249.)

No todo es desacuerdo. En otros puntos, lo que priva es la confluencia en especial en torno a un tema que no ha sido debidamente recalcado en la historiografía actual sobre la Revolución: el enorme costo social que implicó. Una y otra vez se habla de las vidas que se perdieron, o que quedaron destrozadas, del hambre, las enfermedades, el miedo, los asesinatos, las violaciones, las emigraciones forzadas, los sufrimientos de las soldaderas, de sus hijos y de los soldados en combate.

Así, un oaxaqueño relata cómo

se sufría de escasez de alimentos, al grado de que pan, tortillas y frijoles eran artículos de lujo, y obtenerlos, tarea que ocupaba

horas e incluso días formando “colas” interminables para conseguirlos en cantidad reducida.

Por lo demás, los asaltos a mano armada, el allanamiento a domicilios particulares, el cierre de empresas con el consiguiente aumento de desempleo y la alarmante elevación de los precios, hacían punto menos que imposible la vida en la capital.

La mala alimentación y las privaciones favorecieron la aparición de enfermedades como la escarlatina, la viruela “negra” y el tifo; la carencia de medicinas aumentó las defunciones y en el jardín de Loreto, lugar en que se abordaba “La Gaveta”, tranvía popular para transportar los cadáveres a la fosa común en Dolores, se formaban hileras de éstos, frecuentemente envueltos simplemente en un petate, que en ocasiones estaban ahí dos o tres días, no obstante que el tranvía estaba acarreando muertos todo el día. (Vol. I, p. 59.)

O bien, el recuento de un niño de siete años hijo de un zapatisa, quien, después de que su pueblo fue incendiado, salió con su familia por la noche hacia la ciudad de México:

. . . como ya estábamos muy pobres, me había quedado sin zapatos y sin huaraches y andaba descalzo.

La noche de nuestra partida era fría. Mi madre tomó a mi hermana más pequeña y nuestras pocas chivas, y mi hermana mayor se encargó de la otra; mi hermana Luz casi no llevaba nada. Y juntos todos los de la caravana emprendimos la caminata por las faldas del Ajusco, protegidos con las sombras de la noche.

El frío era invernal. La humedad que existía en las pocas veredas que encontrábamos, se había convertido en hielo, quedando como pedazos de vidrio, los cuales, al triturarse con nuestros pasos, se oían ruidos como si, en vez de hielo, pisáramos tostadas. Como iba yo descalzo, el frío que sentía en los pies era terrible, pero no me quejaba; además no me serviría de nada. Y caminaba detrás de mi madre y de mis hermanas, entre toda la demás gente. Y caminamos así toda la noche y casi todo el día siguiente.

Como a las cuatro o cinco de la tarde encontramos a mi padre que venía a nuestro encuentro, y descansamos. Yo tenía sueño y hambre. Mi madre no llevaba alimentos y mi padre no los tenía. En nuestro exiguo equipaje sólo se encontró un pedazo de maíz y un pedazo de hoja de lata que sirvió de comal, en el que mi madre tostó el maíz, y comimos y cenamos maíz tostado.

Poco después, sus padres enfermaron de tifo. Este niño quedó entonces solo con su hermana. Continúa su relato:

Morir de hambre creo que no es doloroso. Se sufre cuando se siente hambre y a medida que van pasando las horas y los días, porque apenas si se come; pero cuando el cuerpo no soporta más, todo disminuye; la luz ya no es luz y hasta no se siente dolor.

Yo me fui recostando en el piso donde me había quedado; perdía toda noción. Cuando llegó mi hermana, apenas a tiempo, me dio un jitomate, y con ayuda de ella absorbí un poco de jugo del (para ese momento) divino fruto. Cada chupada que hacía me costaba trabajo, pues me dolían las quijadas y las sentía duras, de tal manera que no podía abrir la boca; era que ya mis carnes se estaban volviendo cadavéricas. Pero cuando ya tuve un poco de jugo de jitomate en el estómago, fui regresando a la vida. Poco a poco fui terminando el jitomate y me comí otro.

Y así un jitomate me salvó y no me fui, o tal vez porque todavía no me tocaba. (Vol. 1, pp. 21-24.)

Otro recuerdo persistente del sufrimiento que trajo consigo la revolución fue la leva:

Una vez acompañé a mi padre a la estación de Buena Vista. Me dejó por los andenes mientras él entró a alguna oficina. Me puse a caminar. Estaba “formado” un tren con soldados; todos callados; seguro estaban tristes por su destino.

Habían sido llevados de leva; así los engañaba Huerta haciéndoles creer que iban a pelear contra los gringos que estaban en Veracruz. En algún crucero los mandaban al Norte para combatir a los rebeldes. Al ir caminando oí que me gritaban “Tovar, Tovar”. Me asomé al carro de donde procedía la voz y vi a mi compañero de clase sentado con uniforme de soldado: azul oscuro, de paño corriente y grueso; el rifle entre las piernas. Con la vista, pues se me fue el habla por la impresión le pregunté por qué. Me dijo: “Ni modo, me agarraron de leva”. Se apellidaba Carmona. Era de Sonora; alto, fuerte, aparentaba mayor edad. Me dolió el alma. Lloré.

Años más tarde supe de las hazañas de un general Carmona. ¿Sería él? Quién sabe. Nunca lo supe. (Vol. 1, p. 79.)

Otra de las virtudes de esta colección es que saca a luz a personajes y eventos que difícilmente pueden recogerse de otra fuente. Así, uno de los relatos gira en torno a un levantamiento indígena de Tampamolón, en la Huasteca potosina encabezado por Martín Ángel, el sacristán del pueblo. Se trataba de uno de los pocos huastecos que hablaban el idioma español y que conocían algo de escritura. Para lograr el alzamiento “en una de las tantas idas a Méxi-

co trajo consigo gran cantidad de santos (imágenes religiosas)” y fue vendiéndolas, pero esto

era sólo un pretexto para poder acercarse a la gente y así platicarles de sus ideas y sus planes, invitándolos a que se unieran con él para combatir a los hacendados...

El pueblo respondió favorablemente... (formando) un ejército de voluntarios, armados de hondas, arcos, flechas, macanas, machetes, cuchillos, hachas y toda clase de instrumentos de trabajo. La única arma de fuego con que contaron al principio fue la llamada carabina chachalaguera. (Vol. III, p. 12.)

Debo reconocer que después de varios años de estudiar la Revolución en San Luis Potosí no me había encontrado datos referentes a este dirigente y a este levantamiento, ni en unos libros, ni en los varios archivos que revisé, probablemente por el carácter iletrado de la mayoría de sus componentes. ¿Cuántos otros líderes de este corte permanecerán para siempre en el olvido y el anonimato?

Aparecen en estos relatos, una y otra vez, ciertos aspectos del movimiento armado que son excepcionalmente difíciles de documentar mediante las técnicas tradicionales de la investigación. En ocasiones se trata, incluso, de puntos nodales en el análisis de la Revolución. Tal es el caso, por ejemplo, de un tema por demás apasionante: Cuáles eran las reacciones de los campesinos de las haciendas, y de los habitantes de los pueblos ante las “tomas” de los revolucionarios? Otro aspecto de gran importancia, y que está ampliamente documentado en esta obra es el de las variadas formas en que se financiaban los revolucionarios. Frecuentemente, los gastos corrían a cuenta de las propias comunidades. Así, Martín Ángel en la Huasteca potosina mandó construir en el pueblo de Pukté, que era en donde más tiempo estuvieron, una galera muy grande para alojar a la gente que lo acompañaba.

Se hizo también gran cantidad de tepextles para poner los metates que las mujeres habían de utilizar para preparar las tortillas que iban a servir de alimento a toda esa gente.

Mandó traer de las diferentes comunidades que tenía bajo su dominio, a mujeres para que prepararan la comida.

También mandó traer a los líderes y autoridades de las comunidades de la región, y los obligó —los que todavía no estaban identificados— a definirse a qué partido o bando pertenecían. (Vol. III, pp. 12-13.)

Otro recuerdo interesante sobre estos aspectos viene en la "Autobiografía de un campesino zapatista" de Victoriano Jiménez Sánchez:

Y, legalmente, las órdenes eran de que a las haciendas, saquearles todo lo que tenían en las tiendas: mulada, caballada; todo lo que tenían, en una palabra. Eso era lo que se hacía: tomando una hacienda, manos libres. Y solamente lo que se evitaba: jalar mujeres. Eso sí, no permitía ningún general que jalaran mujeres. Porque eso sí cuidaba el general Zapata.

Y como se iban los dueños de las haciendas, dejaban las haciendas libres. Entonces los pueblos allí se habilitaban de azúcar, de maíz y de víveres. Porque ellos eran los que nos mantenían. Así es de que así se reforzaban para seguimos alimentando. (Vol. II, p. 17, 18.)

En fin, no puede más que aplaudirse una obra tan fundamental para adentrarse en lo que la Revolución fue, vista desde abajo. Como es obvio, ello puede dar pie a importantes rectificaciones o afirmaciones en la interpretación de este movimiento. Es de esperarse que no tarden en aparecer los demás volúmenes con que se completará esta colección.

Romana FALCÓN
El Colegio de México

Desde mediados de 1985, en el Coloquio sobre nuevas perspectivas de la Revolución Mexicana, se planteó la necesidad de modificar el enfoque existente sobre la Revolución. Luis González en una de sus amenas ponencias, en su pintoresco lenguaje anunció la necesidad de desarrollar la visión que sobre la Revolución Mexicana tenían los "revolucionados", esto es, lo que había significado el movimiento armado no para los integrantes de las diversas fuerzas revolucionarias, sino para la mayoría del pueblo mexicano que había sufrido sus consecuencias.

Meses después tenemos la oportunidad de conocer una parte del fruto del interesante concurso convocado por el Museo Nacional de Culturas Populares, de los que se publicaron 30 relatos, prometiéndonos que más adelante saldrán a la luz otros más. En términos muy generales podemos afirmar que los textos constituyen una invitación muy sugerente para realizar la historia social de la Revolución, que ha sido tan poco desarrollada como su historia económica, como ya fue señalado por John Womack Jr. hace años.

La característica más sobresaliente de los relatos contenidos en los tres volúmenes, es su heterogeneidad. En ellos encontramos desde relatos autobiográficos, pasando por narraciones con mayores pretensiones literarias, hasta intentos de reconstrucciones históricas del periodo, en ocasiones no muy rigurosas, o la simple reunión de un conjunto de entrevistas. En ellos también se expresan diferentes afiliaciones político-militares: maderistas, zapatistas, carrancistas, villistas y obregonistas. También hay una gran diversidad en el origen social de los autores de los textos, entre los que se encuentran campesinos, jornaleros agrícolas, diversos sectores de la clase media, e incluso encontramos a conocidos intelectuales, observándose una mínima presencia de obreros.

Pero, a pesar de esta diversidad, podemos encontrar un núcleo central en estos escritos, que tal vez sea su aportación más importante, rescatar cómo repercutió la Revolución en la vida cotidiana del pueblo, cómo el movimiento armado vino a trastocar los destinos de las personas, de las familias, de los pueblos, de las ciudades, del país en general. También existe el deseo de rescatar del olvido a precursores de la Revolución olvidados, así como a jefes revolucionarios locales o regionales poco conocidos, protestando los autores contra estos injustos olvidos. También se rescatan, en ocasiones, algunas noticias sobre las postrimerías del porfiriato, tanto en las ciudades, como por ejemplo en la ciudad de México, en que reiteradamente se hace mención a las fiestas del Centenario de la Independencia, como en el medio rural, teniendo particular importancia las descripciones sobre cómo era la vida en las haciendas, sobre el comportamiento de los hacendados, etcétera.

Sin embargo, tal vez debido al momento en que se lanzó la convocatoria, 75 años después de haberse iniciado la Revolución o a otros motivos, para muchos autores los recuerdos sobre la Revolución se inician con la noticia del asesinato de Madero y la lucha en contra del general Huerta. Aunque también puede deberse al hecho de que la revolución maderista, por su relativa brevedad, no alcanzó el grado de profundidad y extensión que tuvo el movimiento antihuertista o la llamada lucha de facciones. Incluso se puede observar que en algunas regiones, como en las haciendas pulqueras de los llanos de Apam, en el estado de Hidalgo, la presencia de la Revolución es posterior.

En la gran mayoría de los relatos se narran reiteradamente las manifestaciones más brutales del movimiento revolucionario: los asesinatos injustificados, las muertes absurdas, las violaciones, los robos, los saqueos, la destrucción de pueblos, etc. También se da

cuenta de los intentos por frenar esta violencia y destrucción, tratando de imponer un mínimo de disciplina. No obstante, resalta que el problema fundamental en esos tiempos era la sobrevivencia, pues además de lo anterior, y en algún grado como su consecuencia, surgieron el hambre y las epidemias.

Pero además de la narración de estas condiciones objetivas provocadas por el movimiento revolucionario, en ocasiones surge la visión mítica o fantástica de algunos personajes históricos que existe entre el pueblo, como es el caso de Porfirio Díaz, del que en algún momento se afirma que puede convertirse en tigre; o de algunas situaciones históricas, como la ya legendaria intervención del apóstol Santiago en los combates. También se narran en ocasiones, los populares hechos sobrenaturales, que siempre dan el toque de misterio a sucesos tan comunes en esos tiempos como una violación. Asimismo se rescatan actos de valor temerario, frecuentes en la Revolución, y que siempre despiertan una gran admiración, como el conocido caso de lazar una ametralladora, el que si bien en ocasiones tiene un feliz resultado en otros es fatal para el atrevido.

Como contrapartida también se encuentra que los autores están plenamente conscientes de la información que pueden aportar para enriquecer la historia de la Revolución, señalándose en algunos momentos el desconocimiento que los historiadores profesionales tienen con respecto a hechos por ellos conocidos. En ocasiones se llega a criticar el enfoque que la historia oficial tiene de la Revolución, sugiriéndose la necesidad de modificarlo. Pero, independientemente de estas consideraciones, en los relatos se recuperan fuentes de estudio poco conocidas: fragmentos de memorias escritas por personas de la época, artículos periodísticos, telegramas, poemas o corridos, y múltiples remembranzas.

Y en verdad nos encontramos, como atinadamente se señala en la presentación, ante un verdadero esfuerzo de memoria colectiva, pues si bien hay textos estrictamente personales, en otros casos se incorporan los recuerdos familiares, de los hermanos, padres, tíos, abuelos, amigos y conocidos, hasta llegarse a la realización de entrevistas, que involucran a los portadores de la historia de una población, los ancianos.

Pero, los textos también tienen varias limitaciones. En ocasiones se cae en una historia anecdótica, tratando de recuperar los hechos raros, curiosos, extraños, increíbles, "para Ripley". A veces se buscan conscientemente estas características. Además como ocurre con frecuencia en la historia oral, existe confusión e imprecisión con respecto a personas, fechas, acontecimientos.

También se observa que la mayoría de autores se encuentran muy influidos por la ideología oficial sobre la Revolución Mexicana, así a Porfirio Díaz se le califica como “el déspota” o “el tirano”; a Madero como “el Apóstol de la Democracia”; a Huerta como “el traidor”, “el asesino”, “el usurpador”; a Zapata como “El Caudillo del Sur” o “el Apóstol del Agrarismo”; a Carranza como “El Varón de Cuatro Ciénegas”; a Villa como “El Centauro del Norte”; a Obregón como “El Manco de Celaya”, etcétera.

Sin embargo, es necesario puntualizar que a pesar de la difusión de la visión oficial de la Revolución, propagada por las instituciones educativas, los discursos oficiales, etc., existen diferentes concepciones en torno a las repercusiones de la Revolución, a su trascendencia histórica, a los cambios que promovió, a los beneficios que realmente trajo para el pueblo, ya que si hay opiniones más o menos positivas, hay críticas fuertes respecto a los alcances de las transformaciones revolucionarias.

Por último, consideramos conveniente señalar la necesidad de que los relatos sean analizados críticamente por historiadores profesionales que aclaren en notas al pie de página, las confusiones, imprecisiones y errores históricos que existen, ya que si bien los relatos expresan la “verdad” que nos quieren transmitir sus autores, y esto es importante, en ocasiones contienen graves equivocaciones.

Para ejemplificar citaré un caso, que me es conocido en sus detalles por haberlo investigado. En uno de los relatos sobre la Revolución en Oaxaca, se afirma que Madero visitó la entidad a mediados de 1909, que fue recibido por centenares de personas a su llegada a esta ciudad y posteriormente recorrió todos los distritos del estado encontrando en ellos gran apoyo. Lo menos que podemos decir es que lo que se afirma es totalmente falso, ya que Madero visitó por escasos tres días, del 4 al 6 de diciembre de 1909, únicamente la ciudad de Oaxaca, siendo recibido por un pequeño número de simpatizantes, y durante su breve estancia fueron entorpecidas sus actividades por las fuerzas represivas del régimen porfirista.

Sería largo enumerar los errores históricos que se encuentran a lo largo de los volúmenes, pero como dice el refrán popular “para muestra basta un botón”.

Héctor Gerardo MARTÍNEZ MEDINA
El Colegio de México